

MANLIO CASTAGNA

LA PIEDRA DEL DEMONIO



EL LIBRO DE LAS PUERTAS

Cuatro chicos, una manada de perros guardianes y un mundo paralelo que ha puesto bajo una terrible amenaza a toda la humanidad.

Cuando llega a la lúgubre propiedad de sus tíos en las montañas, donde se encargan de criar border collies, Frida se verá atrapada en un mundo de dolor: acaba de perder a sus padres. Petrademone parece ser el sitio ideal para una nueva vida. Pero muy pronto descubrirá que en su nuevo hogar suceden cosas extrañas y misteriosas: los perros del pueblo comienzan a desaparecer sin dejar ningún rastro, como si hubiesen sido devorados por un abismo. Frida descubre que hay algo escondido debajo de un misterioso roble del jardín, del que se siente atraída constantemente por una extraña voz. Su tía, en cama ya que padece una extraña enfermedad, le revela a Frida un terrible secreto familiar: Frida, al igual que su madre, es una guardiana de la puerta. Pero ¿a dónde llevan esas puertas?

Nada ni nadie es lo que parece, los poderes están a punto de ser revelados y los mundos paralelos a punto de colisionar.

A Elrond: este libro es otro modo de pedirte
perdón

1

Petrademone

El gran coche negro se detuvo con un brusco frenazo frente a la verja de la propiedad. Salvo por el murmullo del motor, en la montaña reinaba el silencio. En el cielo nocturno, la luna casi llena parecía un espectro espiando tras los jirones de nubes.

El conductor, un hombre de unos cincuenta años, salió del coche y estiró las piernas. Caminaba con paso incierto, como si tuviera las piernas de plastilina. Había conducido casi siete horas seguidas y estaba cansadísimo. No veía la hora de dejar a la pasajera que descansaba en el asiento de atrás y volverse a su casa.

Encendió la linterna y se acercó a la verja en busca de un timbre. Su reloj digital de muñeca marcaba las 21:13. Y debajo, la fecha: 1 de julio de 1985. Lunes.

Gracias al haz de luz de la linterna, sobre el poste que había junto a la verja vio un letrero metálico de hierro bruñido: la silueta de un perro de aire amenazante y la inscripción PETRADEMONE.

El conductor no dejaba de mirar atrás: se sentía incómodo en aquel reino de sombras rechinantes agazapadas

en la oscuridad. De pronto, su pasajera –una muchacha apenas adolescente– apareció a su lado inesperadamente, sin que la oyera hacer ningún ruido: le dio un susto que le hizo dar un respingo.

–Me ha dado un susto de muerte –le dijo.

Ella no respondió. Se limitaba a mirar hacia delante, más allá de la verja.

–Sus tíos sabían que llegábamos, ¿no? –le preguntó el conductor.

–No lo sé –respondió ella con un hilo de voz, sin girarse.

El hombre la enfocó con la linterna, sin entender muy bien si aquello era una broma.

La niña, que tenía una larga melena negra, se quedó inmóvil. Su rostro era una máscara pálida y sin expresión.

–¿Y ahora qué hacemos? Si están durmiendo, ¿cómo entramos? ¿Tiramos abajo la verja con el coche?

Lo habría hecho, si pudiera. Habría hecho cualquier cosa para poner fin a aquella jornada y alejarse de aquel lugar en el que hasta el mínimo soplo de viento parecía traer malos presagios.

–Está llegando alguien –dijo ella, con un tono neutro.

El hombre se giró de golpe hacia la verja, apuntando hacia allí con el débil haz de luz, pero no vio nada.

–¡No veo a nadie!

Un estruendo laceró el silencio. El conductor se asustó tanto que la linterna le cayó de las manos. La oscuridad de la noche los envolvió.

El ruido se repitió. «Algo» estaba golpeando la verja. Algo pesado. El conductor estaba paralizado del terror. Aquel «algo» seguía golpeando contra los barrotes, del lado de la finca. La niña, impasible, recogió la linterna de la grava y apuntó hacia la parte baja de la verja.

Era un perro. Un perro bastante grande, de pelo blanco y negro y de mirada vítrea.

–¿Qué demonios está haciendo? –exclamó el hombre, sorprendido y asustado.

La chica se arrodilló y, pasando un brazo por entre los barrotes, alargó la mano hasta alcanzar el hocico del perro.

–Pero ¿qué hace? ¿Se ha vuelto loca? ¿Pretende que la destroce? ¡No quiero pasarme la noche en el hospital! –gritó el conductor.

Pero ella no se molestó en responder.

–Hola, perrote guapo. Yo me llamo Frida. ¿Y tú?

El animal le olisqueó la mano un buen rato para identificarla a través de los olores escondidos entre los dedos, y luego le lamió la palma de la mano con una vehemencia conmovedora. Al cabo de unos segundos se puso incluso a aullar. Era un aullido fatigoso y pesado. Debía de ser viejo.

Se encendieron las luces de las ventanas de la casa de dos pisos, al fondo de la propiedad. Unos cuadritos luminosos colgando de la pared de la noche.

–Ah, bien, veo que este perro horrendo ha servido para algo –comentó el hombre.

Frida lo fulminó con una mirada venenosa.

–Si se atreve a repetir algo así, haré que se arrepienta de haber aceptado este trabajo.

El hombre se quedó de piedra y no se atrevió a responder más que con un tímido «perdone» pronunciado como si fuera una respetuosa oración.

Frida se arrepintió enseguida de haber reaccionado de un modo tan agresivo. Desde «aquel día» vivía en ella otra Frida, totalmente diferente a la niña alegre y tímida que habían conocido todos durante trece años. La nueva inquilina tenía muy mal carácter, y no conseguiría sacársela de dentro tan fácilmente.

A lo lejos apareció una luz temblorosa que se acercaba como una luciérnaga asustada. Era el farolillo de una bicicleta.

El viejo perro se dirigió hacia la luz lentamente, agitando la cola.

«Qué melancólicos son los animales ancianos», pensó la parte más tierna de Frida.

Por fin, a una decena de metros de la verja, emergió de entre las sombras la silueta de un hombre en bicicleta. Llevaba una sudadera con una capucha que le ocultaba el rostro. Pedaleaba como si tuviera algo en contra de los pedales y avanzaba a toda velocidad sin aparente esfuerzo. Dejó atrás al perro en un momento.

Al acercarse a la verja frenó. Dejó caer al suelo la bicicleta sin molestarse en desplegar el caballete. El conductor le saludó animadamente, pero él se limitó a responder con un frío «buenas noches» mientras manipulaba la gruesa cadena que tenía unidas las dos puertas de la vieja reja.

La abrió. El hombre de la sudadera era aún más alto de lo que Frida se esperaba. Tenía una complexión atlética, a pesar del cabello y la barba blancos, que indicaban que tendría más de sesenta años. Era como un árbol macizo y antiguo, de esos de corteza dura y raíces sólidas. Daba una impresión de reconfortante firmeza.

—Por fin has llegado —dijo, dirigiéndose a la niña. Hablaba midiendo cada palabra y recalando cada sílaba, con un tono de voz tranquilo pero decidido. No debía de ser una de esas personas fáciles de contradecir, pensó Frida.

—No le digo lo que nos hemos encontrado... —respondió el conductor, intentando iniciar un diálogo.

—Sí, no se moleste en hacerlo —le cortó el hombre.

Luego se dirigió de nuevo a la niña y su gesto cambió, volviéndose al momento más dulce.

—Hola, Frida. Soy tu tío Barnaba, pero puedes saltarte lo de «tío». Solo Barnaba. Bienvenida a Petrademone. —Le hizo una caricia en la cabeza al perro y añadió—: Y este es el bueno del viejo Merlino.

En el lugar donde antes habría aparecido una sonrisa, la niña no mostraba más que unos labios apretados. Su padre le había explicado que para sonreír hay que mover nada menos que doce músculos del rostro y, como todos los músculos, también estos requieren ejercicio y práctica para funcionar bien. Desde luego hacía meses que estaba desentrenada. Se limitó a asentir y, sin más, respondió:

–Solo llevo una maleta.

Barnaba pasó por delante de su sobrina y fue a recoger su gruesa maleta. Luego despachó al conductor pagándole y evitándole la falsa cortesía de invitarle a entrar. Unos segundos más tarde, el coche quedó engullido por la oscuridad de la noche.

Frida pasó y el tío cerró la verja tras ella. La niña tuvo la impresión de haber dado un paso que no tenía vuelta atrás.

–¿Dónde están todos los otros perros? –preguntó, mirando alrededor–. ¿No debería haber decenas de ellos?

–Eran catorce; han quedado tres –dijo él, tan secamente que Frida percibió a la perfección el punto final de la frase.

En aquella casa había border collies por todas partes. La chimenea estaba llena de estatuillas que los representaban en todas las posiciones y dimensiones posibles. Luego estaban los cojines sobre el sofá. Los platos de cerámica con los bordes de encaje colgados de la pared. Las tazas. Las fotos. Los trofeos. Hasta el sacacorchos y un juego de sal y pimienta. El típico morro blanco y negro de la raza estaba por todas partes, allá donde hubiera una superficie dispuesta a acogerlo.

Frida no tenía hambre. Desde «aquel día» también el estómago se le había cerrado. La tía Cat la miraba con preocupación; parecía como si quisiera colocarle la cuchara en la boca con la fuerza de una mirada cariñosa. Era una

señora de aspecto maternal y agradable, de algo más de cincuenta años, con el rostro redondo y los ojos claros. Si Barnaba era un árbol de corteza dura, su mujer era un flexible arbusto de astilbe (la madre de Frida los había cultivado siempre en su jardín, pues adoraba sus flores blancas).

El hombre estaba sentado en su sillón; sobre el regazo se le había colocado otra perra, Morgana, otro border collie de manto gris que Frida había conocido en el momento en que había salido a recibirla su tía, que le dio un abrazo mudo y caluroso.

—¿Te molesta que no me lo acabe? Querría irme a mi habitación. Estoy un poco cansada —le dijo Frida a su tía, dejando caer la cuchara.

—¿No te gusta el arroz? —preguntó la mujer, preocupada—. ¿Quieres que te prepare otra cosa?

—No, de verdad. Está bueno. Es solo que el viaje...

—Por supuesto, cariño —dijo la mujer, con los ojos húmedos de lágrimas sinceras. Alargó la mano y le cogió la suya.

Frida no opuso resistencia, pero aquel contacto no le dio el calor esperado.

—No puedo ni imaginar lo que has pasado estos meses —añadió la tía Cat.

«No, no puedes», pensó la parte de Frida que aún estaba petrificada por el dolor.

Se puso en pie y, después de dar las gracias por la cena, se dirigió hacia las escaleras que llevaban a su habitación, pero se detuvo y volvió atrás. Se sacó del bolsillo un papel y se lo dio a su tía.

—Es el número del abogado —dijo.

Luego se arrodilló para acariciar a Morgana, aún tendida sobre las piernas de Barnaba. Pasando la mano por el pelo suave de la perra recuperó una sensación de placer, un leve escalofrío que le atravesó la espalda a partir de la nuca.

–Gracias, lo llamaré enseguida –dijo la tía Cat mirando el número de teléfono–. Y luego llamaré también a tus abuelos.

–No hace falta que los llames. Además, ya estarán acostados.

Esta vez Frida subió las escaleras sin detenerse.

Después de colgar el teléfono, la tía Cat se dejó caer en el sofá, frente a su marido. La llamada la había dejado agotada, pese a que no había durado más que unos minutos.

–Nos llegarán todos los documentos por correo, pero desde hoy Frida está bajo nuestra tutela.

Barnaba suspiró y siguió acariciando la perra, que adoptaba las posturas más extrañas para que la tocara en los puntos que más le gustaban.

–¿Estará bien con nosotros, Barnaba? –le preguntó la mujer.

–Desde luego, aquí no estará peor que con sus abuelos.

–Yo no quiero juzgarlos. Son muy mayores. No habrían podido ocuparse de ella. Y además, están destrozados por el dolor. Frida tiene trece años. Es una edad complicada ya en condiciones normales. El abogado me ha dicho que desde que murieron Guido y Margherita es otra persona. Se ha cerrado al mundo.

–¿Y eso te sorprende?

–Ni siquiera tengo claro que este lugar sea el ideal para ella...

Barnaba se levantó del sillón, poniendo fin a la discusión.

–Estará perfectamente. Y tú lo harás perfectamente. – Se levantó la capucha y se dirigió a la puerta que daba al patio.

–¿No has hecho ya la ronda esta noche? –le preguntó la mujer.

–No se sabe nunca –respondió él, y salió.

Frida no estaba tan cansada como había dicho en la mesa. Había sido una pequeña mentira piadosa. En realidad, necesitaba estar un rato sola, para dedicarse a la que se había convertido en su actividad preferida: quedarse en silencio y dejar vagar la mente por aquel mar de recuerdos en los que, antes o después (estaba segura), se ahogaría.

La maleta estaba aún sobre la cama, intacta, abierta como una boca, pero sin nada que decir. Frida sacó una foto enmarcada donde aparecía ella rodeada de un hombre y una mujer. La miró atentamente y luego la puso sobre la mesita de noche, junto a la cama. Acarició el rostro de sus padres y suspiró con tristeza.

Se acercó a la ventana, que daba al gran prado de la finca, que se extendía en suaves colinas bajas hasta la verja, oculta en la oscuridad. El prado estaba atravesado por un camino de piedrecitas blancas, la pálida columna vertebral de la finca.

No podía apartar los ojos del roble que dominaba la loma de la izquierda. Las ramas, largas y retorcidas como los dedos de una vieja, y su altura, equivalente a la de un edificio de cinco pisos, le daban un aire solemne y remoto que, por una parte, le inspiraba una sensación de protección y, por otra, le resultaba inquietante. De aquel roble colgaba un columpio con sus robustas sogas atadas a una de las ramas más gruesas. Era rústico y al mismo tiempo sugerente, como la promesa de un abrazo. Merlino correteaba en torno a la cavidad excavada en un lado del árbol; de vez en cuando ladraba, sin dejar de dar saltos. Era gracioso. Hasta el punto de arrancarle una sonrisa en lo más profundo de su ser. Una sonrisa que, no obstante, no llegó a ver la luz, porque antes de aflorar a sus labios se perdió en algún rincón de su interior.

Frida vio que Barnaba se acercaba a Merlino. Le dio una vigorosa caricia en la peluda cabeza y juntos emprendieron la ronda por la finca, hasta desaparecer de su vista.

Por el rabillo del ojo, Frida detectó algo que se movía en la cavidad del roble. Fue un momento. ¿Quizás otro animal escondido en la oscuridad? La niña sintió un escalofrío. No estaba segura de haber visto algo realmente. O a alguien. Sin embargo, se alejó de la ventana un poco asustada.

2

La caja de los momentos

—**A**delante —dijo Frida, al oír que llamaban a la puerta.

La tía Cat abrió la puerta lentamente y le sonrió. Frida reconoció en su rostro aquella ternura genuina que tanto echaba de menos. Todos habían sido amables con ella, pero en muchos casos sus gestos le resultaban insostenibles. Sentía la pena que expresaban aquellos rostros, con los labios plegados hacia el interior y los ojos llenos de compasión. En la expresión de la tía Cat no había nada de eso, y aquello la reconfortaba.

—¿Te gusta la habitación? —le preguntó.

—Sí, tía Cat. Gracias.

La mujer entró en la habitación y miró de soslayo la fotografía sobre la mesilla.

—Si quieres, te traigo un tazón de leche caliente. —Luego, en respuesta al gesto interrogativo de Frida, añadió—: Lo sé, tienes razón: leche caliente en julio... Pero aquí estamos a mil metros de altura y por la noche siempre refresca un poco. Y no hay nada mejor que la leche para dormir bien.

Frida le respondió que no con un gesto de la cabeza y otro «gracias» de cortesía, y la tía se rindió con una sonrisa.

–Los abuelos me han dicho que te gusta mucho leer. Le he pedido a Barnaba que te subiera esos libros de abajo. –Señaló un estante–. Espero que te gusten; si no, podemos comprar más. En Orbinio no tienen mucha variedad, pero podemos acercarnos a la ciudad mañana por la mañana, si quieres.

–El tío y tú sois muy amables. Estos están muy bien.

–Llámame si necesitas cualquier cosa –añadió la tía Cat–. Estoy en la habitación de la derecha, bajando las escaleras. Mañana, si te apetece, hablamos un poco. ¿De acuerdo?

Frida asintió y le dio las buenas noches.

–Barnaba y yo te queremos mucho, Frida –dijo la tía Cat, antes de cerrar la puerta. Aquellas palabras fueron como piedrecitas lanzadas contra una roca: no echaron raíz, pero produjeron un sonido agradable.

Ya sola otra vez, Frida se sentó en la cama. Sacó de la maleta una cajita verde. Tenía una inscripción encima, compuesta con letras recortadas a modo de *collage*: LA CAJA DE LOS MOMENTOS. Levantó la tapa. Era un recipiente profundo, lleno de papelitos todos diferentes. Rectángulos de papel a cuadros, tiras de papel amarillo, esquinas de pañuelo, pequeños cartoncitos, notas adhesivas de colores. Todos cubiertos con una escritura perfectamente legible.

Frida apoyó la caja sobre la cama, sacó un trozo de papel del bolsillo de los vaqueros y se puso a escribir usando la tapa de la caja como superficie de apoyo.

No olvides aquella vez que mamá te lavaba las rodillas con una esponja en la bañera, después de una tarde pasada en la terraza de casa junto a Sara y a Laura. No olvides su sonrisa, pese a que estaba can-

sada. No olvides la suavidad de sus manos mientras te aclaraba el jabón. No olvides cómo se apartaba soplando un mechón que se le había escapado del peinado y le caía frente a los ojos mientras estaba allí, agachada frente a ti, que «protestabas» porque aquello te parecía una tortura.

Lo releyó. Tres veces. Muchas de aquellas notas se las sabía de memoria, palabra por palabra, hasta la última coma. Dejó caer la nueva nota en la cajita, donde se mezcló con tantos otros «no olvides» que habían llegado antes. Aquellos trozos de papel eran recuerdos de sus padres. Había creado la caja dos días después del accidente. Le aterrorizaba la idea de que pudiera llegar a olvidar los momentos pasados juntos, incluso aquellos aparentemente insignificantes. No, no incluso, sobre todo esos. Volvió a cerrarla y...

Un ruido fortísimo le heló la sangre. Se giró hacia aquel estruendo de madera y cristal. Era la ventana. Se había abierto, derribando un pequeño objeto de plata. Frida lo recogió: era una figurita, un border collie posando. Cómo no.

Colocó la figurita en su sitio y cerró la ventana. Pero no sin antes observar que no hacía nada de viento. Las hojas lobuladas del gran roble estaban tan inmóviles que parecían falsas. ¿Qué era lo que había abierto la ventana de aquel modo tan violento? Buscó con la mirada a Barnaba y a Merlino en el prado, pero no había ni rastro de ellos.

La noche iba pasando minuto a minuto. Frida no conseguía conciliar el sueño: si cerraba los ojos, veía unos gusanitos luminosos arrastrándose por la oscuridad hasta marearla. Prefería mirar el techo, con aquellas vigas de madera de aspecto tan robusto, tan sólido. El pequeño despertador sobre la mesita, junto a la foto enmarcada, indicaba